

CRÍTICAS DE LIBROS

● John Edgar Wideman mezcla la experimentación literaria con la indagación periodística de un crimen racista en 'Escribir para salvar una vida'

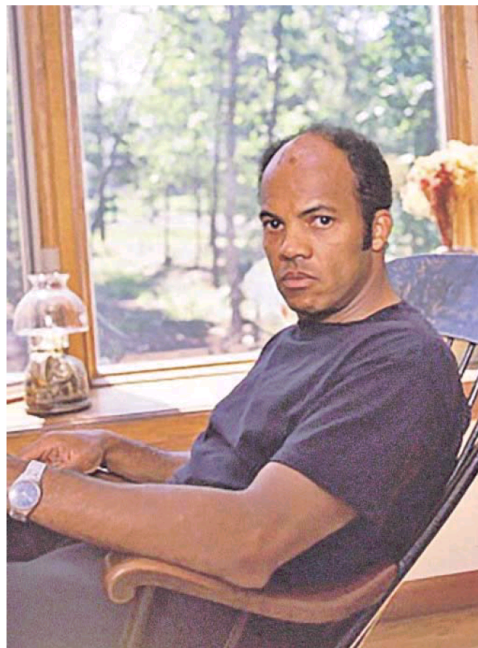
El país culpable

kioskoymas#perifericaoficina@gmail.com

Manuel Gregorio González

En la página 105 de esta novela, una novela de autoficción, donde la biografía y la prospección histórica se entrecruzan en un punto muy concreto –un crimen racista cometido en 1955 en Mississippi–, el autor escribe, recordando un episodio de la guerra de Cesesión: “He llegado a la conclusión de que los crímenes de este país culpable nunca serán purgados, salvo con sangre”. No es, sin embargo, esta moderna formulación del “ojo por ojo” aquello que ocupa las presentes páginas, escritas con destacada flexibilidad formal, y en las que confluyen el presente y el pasado, la verdad y lo meramente probable, al servicio de una realidad ominosa: el racismo que Wideman explora y reconstruye en una obra cercana al periodismo y la no-ficción.

Los hechos que fundamentan *Escribir para salvar una vida* parten de un suceso criminal y una casualidad biográfica. En 1955, Emmet Till, un muchacho negro de catorce años (la misma edad que contaba entonces el autor), es asesinado por dos hombres blancos, después de que el chico hubiera silbado, supuestamente, a una mujer blanca. Tras un juicio accidentado y poco escrupuloso, los acusados serán absueltos, revelándose con posterioridad que el padre de la víctima, Louis Till, había sido ejecutado



en Italia en 1944, mientras servía en el Ejército, por los cargos de violación y asesinato. Louis Till morirá sin cumplir los veinticuatro años. Su hijo Emmet no conocerá los 15. No esta muerte temprana, sin embargo, aquello que los une en primer término. Es la impunidad con la que ambos fueron asesinados, sin que mediara prueba o delito alguno. Del proceso llevado a cabo contra los ejecutores de Emmet, se deduce la total exención de sus actos. Del proceso militar incoado a Louis Till, y que Wideman solicita a los archivos gubernamentales, el autor extrae la sólida sospecha de que Till murió, principalmente, por ser negro, sin que pudiera sustan-

Wideman novela la muerte violenta de un padre y un hijo por motivos racistas, a mediados del XX

ciarse un testimonio fiable de su culpabilidad.

¿Y que vida quiere salvar el autor de *Escribir para salvar una vida*? Acaso la suya o la de sus descendientes. En esta obra de cierto tono experimental, lo que se resume es una larga historia de complicidad con el racismo, aún perceptible. De ahí, quizá, el apelativo de “país culpable”. De ahí también la propia estructura de la novela, donde pasado y presente se alimentan y se ignoran espectacularmente.

Escribir para salvar una vida. John Edgar Wideman. Trad. Alberto Moyano. Piet de Zapa, 2023. 224 págs. 22,50 euros.

● Periférica publica 'Déjeme', de la escritora francesa Marcelle Sauvageot

M. G. González

DÉJEME es una breve obra confesional, entre epistolar y diarística, publicada en 1933, cuando su autora contaba treinta y tres años. Una lectura contemporánea de esta *nouvelle* nos llevaría, probablemente, a subrayar el carácter independiente de su protagonista y su espontáneo y meditado feminismo. Sin embargo, el hallazgo más sólido que guardan estas páginas se halla en otra cuestión, en principio ajena al concepto de mujer –de individuo–, que aquí se expresa. En *Déjeme*, de emocionante y emocionada concisión, el lector encontrará una precisa mecánica del desamor, desde su incertidumbre inicial, desde la vaga esperanza de la reconciliación, a la escueta verdad que acaba revelándose ante quien ama sin ser correspondido.

Mecánica del desamor

Este proceso estructural, que Sauvageot describe con claridad, melancolía y ternura, es tanto más emocionante cuanto que su autora, una mujer joven, aquejada de tuberculosis, escribe ya desde la estribación última de su vida. No en vano, *Déjeme* está redactado en un hospital, y a pocos meses de morir en un sanatorio suizo. Este hecho podría llevarnos con facilidad a otra obra de “sanatorio”, también publicada en Periférica, y también escrita por una mujer: la brillante y mordaz Francisca von Reventlow y su *El complejo de dinero*. Y por supuesto, debiera remitirnos a una obra mayor de aquella hora, *La montaña mágica* de Mann, donde la salubridad y la clínica adquieren su completa significación, como eco ordenado



de la Gran Guerra. Déjeme, pues, está escrito desde una aséptica clausura, más distinguida que eficiente, y desde una extremadura humana (el “concierto” nocturno de las toses, tal como lo describe y las distingue Sauvageot, es de una desolada pureza), en la que la escritora es ya, casi únicamente, un frágil residuo de lo escrito.

Cuánta emoción, sin embargo, y qué afligida exactitud en Sauvageot, cuando describe la inútil gestualidad de la enamorada, cuando el amado ya no la observa, ya no la espía ni la contempla, porque no la ama. En ese secreto mecanismo del desamor, donde el corazón herido y anhelante opera sobre el vacío, es donde la joven y minuciosa Sauvageot alcanza una amarga preeminencia. Su soledad es una soledad consciente y acerba. Pero también es una soledad triunfal, donde la autora se vindica, exultante e impar, al tiempo que hace mutis para nadie.

Déjeme. Marcelle Sauvageot. Trad. Casandra Villalba Sánchez. Periférica. Cáceres, 2023. 104 págs. 11 euros